Manuel Feria

EL RÍO DE LA PERPLEJIDAD



Apeadero de Aforistas

Manuel Feria

EL RÍO DE LA PERPLEJIDAD

Antología aforística

Edición, selección y prólogo de Javier Recas

Apeadero de Aforistas

1ª ed., octubre de 2023

Una publicación de Apeadero de Aforistas
www.apeaderodeaforistas.es

ISBN: 978-84-127441-2-5
Depósito legal: SE 1570-2023

IMPRESO EN POLONIA

ÍNDICE

Prólogo
UNA RADIANTE IRONÍA

En una ocasión Manuel Feria, con motivo de la publicación de *Verlas venir*, su primer libro de aforismos, me dijo: "He saltado todos los pasos habituales en la publicación de una obra literaria: peregrinaje editorial, concurrencia a concursos…", algo perfectamente comprensible en quien siempre ha escrito alejado de los círculos literarios y del eco de las redes sociales porque no busca un trampolín que le impulse ni un altavoz que proyecte su voz. Quien le conoce, sabe que no le mueve la gloria ni el reconocimiento, simplemente, compone aforismos porque le apasiona hacerlo. En este sentido, la obra de Feria sigue la noble estela del género aforístico, vivo ejemplo de disonancia, de lateralidad. Porque el género ha sido cultivado mayoritariamente, como en su caso, a extramuros de las academias, los afamados circuitos literarios, las modas y las universidades. No gestaron desde ellas esas pepitas de oro que hoy admiramos, ni Marco Aurelio, ni Lichtenberg, ni La Rochefoucauld o Séneca... Influyente más que prestigioso, el aforismo ha sido escrito desde la modestia del borde de página, del papelito en el bolsillo al estilo de Juan Ramon Jiménez, o del cuaderno de notas en borrador al gusto de Lichtenberg.

Los aforismos de Manuel Feria surgen en cualquier momento, espontáneamente, como si brotaran de la realidad misma para arribar a su mente con prístina nitidez. "Yo simplemente soy un recogedor de aforismos" –afirma, con evidente modestia–. Yo recibo el aforismo limpio, bañado, con colonia, prácticamente no tengo que tocar una coma. Un milagro". Por eso, para él sería tedioso sentarse a escribirlos intencionada-

mente, y perderían su frescor, su vigor. Como a Antonio Porchia, el aforista ítalo-argentino al que tanto admira, no le gusta a nuestro autor decir que "hace" aforismos, tan solo suceden. Con frecuencia, nos revela, le abordan súbitamente en ese duermevela antesala del sueño, tras lo cual se incorpora para anotarlos, si es que Morfeo no le ha arrastrado ya por completo y se pierde el lúcido destello irremediablemente. Otras veces sus aforismos surgen durante la lectura de un libro, o en su cotidiano transcurrir por su querida tierra canaria, su centro, su mundo, fiel a sí mismo, aunque no ensimismado, porque para él los otros son imprescindibles. "Todos los caminos conducen al hombre", reza uno de sus aforismos, bella reedición de aquel célebre proverbio de Terencio que le encanta a Feria: "Hombre soy y nada de lo humano me es ajeno".

En sus aforismos deja constancia de lo vivido, nos abre su cuaderno de viajero curioso y de aguda observación de este tránsito mundano. El título de su última obra, *Fe de vida*, resume muy bien su motivación. Su obra es el testimonio maduro de un hombre de lúcida mirada y escucha atenta de cuanto le rodea, tras lo que despliega sus reflexiones, sus dudas, sus inquietudes… en este difícil arte del aforismo para el que Feria, digámoslo de entrada y sin ambages, está especialmente dotado.

Su sintonía con los grandes hitos del género más breve también se refleja en el alejamiento del aforismo de la vana erudición. Feria, como los grandes aforistas, se ha entregado a la fascinación del ingenio conciso desde la modestia y la autenticidad, movido más por la vocación, la reflexión y la inspiración que por el artificioso lucimiento, que tanto criticara Antonio Machado. Sabiduría más que erudición respiran cada uno de los aforismos que componen esta antología, y no porque

nuestro autor haya dejado de lado el mundo de la cultura, al contrario, dialoga con ella y se nutre de ella, como iremos apuntando.

Manuel Feria (La Laguna, 1949) cursó estudios de Biología, aunque, por avatares del destino ("Tú crees que eliges el camino, pero es el camino el que te elige a ti", nos dice en uno de sus aforismos), acabó en la Facultad de Medicina como Catedrático de Farmacología, el primer biólogo en España, por cierto, que ganó una cátedra de esa disciplina en Medicina. A la docencia dedicó 39 años, los que permaneció en dicha Facultad de la Universidad de La Laguna, desde la que también se dedicó como investigador al estudio experimental del dolor. A este tema ha destinado numerosas páginas en libros y artículos así como algunos de sus aforismos: "El peor dolor es el que nadie atiende", "El dolor no tiene dueño, sólo esclavos", "El cuerpo miente al alma con sus dolores, pero el alma no tiene a quien mentir"...

Se une Feria a una nutrida tradición de científicos aforistas, médicos algunos de ellos, empezando por Hipócrates, como es sabido, el kilómetro cero de la historia del aforismo, y continuando por Pitágoras, Lichtenberg, Pascal… y entre los más cercanos en nuestro país a Ramón y Cajal, Jorge Wagensberg o Carlos Castilla del Pino. Una muestra más de la permeabilidad del género a todo tipo de sensibilidades y disciplinas que rompe las fronteras entre ciencias y letras, ruptura asumida por nuestro autor con total naturalidad. En sus aforismos se aprecia, obviamente, su formación científica, pero lejos de todo reduccionismo es enlazada con la experiencia de su vida, la de un hombre sensible y culto. Todo ese bagaje ha de ser descrito y escrito, por eso dice nuestro autor en uno de sus aforismos: "Al final de la vida todos somos de Letras". En la reciente

presentación de *Fe de vida* abundaba en ello. Cuando se llega a determinada edad "las ciencias no nos pueden ayudar en lo que nos queda de camino. Solo los clásicos nos pueden ayudar"; "No nos confundamos, los clásicos no nos hablan del pasado, pero nos lo dicen todo sobre el futuro".

Aunque su interés por el aforismo viene de lejos, empezó a escribirlos bien entrada la madurez, algo, por cierto, nada extraño en la historia del género, quizá porque se necesite experiencia acumulada para escribir con agudeza sobre la vida y sobre uno mismo, o como dice nuestro autor, porque "la experiencia nutre de sabiduría a la intuición". Una perla: "Cada día que pasa mi cuerpo necesita más a mi alma, pero mi alma menos a mi cuerpo".

Hubo que esperar hasta 2013, ya jubilado, para que su vocación por el aforismo diera sus primeros frutos de su puño y letra, al principio como un reto que desconocía a dónde le conduciría, pero luego la mordedura de la pasión aforística no le permitió parar. Él lo tenia fácil, confiesa, pues es una forma literaria que se ajusta a su carácter como un guante: "Por carácter y educación siempre me expresé con concisión, con máximas y sentencias". Durante los casi cuarenta años que estuvo de profesor en la universidad, recuerda Feria, emitía sentencias de manera natural sobre cualquier cosa que ocurría a su alrededor. Sus sentencias no pasaron desapercibidas para sus colegas, que incluyeron entre los regalos en el homenaje por su jubilación un opúsculo con dos centenares de ellas que titularon *Sentencias de Manuel Feria*. Tal vez este fortuito regalo encendiera la mecha del estallido aforístico posterior, aunque, según ha afirmado, pocas de ellas pasaran a sus libros posteriores.

Su pasión por las sentencias se fraguó en familia: su madre, Margarita Rodríguez Díaz, Catedrática de Clásicas en

un Instituto de Enseñanza Secundaria de La Laguna, le transmitió el amor por la expresión sentenciosa con sus citas de los clásicos griegos y latinos, que con el tiempo iría leyendo. De su padre, Miguel Feria Cedrés, heredó su amor por la música. Manuel siguió los pasos de su padre (un extraordinario bajo cantante), interviniendo durante un lustro como uno de los solistas del afamado conjunto canario Los Sabandeños, en los años 70 del pasado siglo.

Feria conoce y admira a los grandes aforistas que constituyen para él una fuente de sabiduría e inspiración que nunca se agota. Nombres como Marco Aurelio, cuyas *Meditaciones* relee con la cercana sensación de que todavía nos habla al oído; le fascina la precisión aforística de Baltasar Gracián y su conocimiento de las relaciones humanas en ese elegante castellano antiguo; se identifica, asimismo, con el mensaje de libertad tras el telón de acero que protagonizó Stanislaw Jerzy Lec, con la lección de vida de Mark Twain y su incomparable sentido del humor e ironía, con la honda finura metafísica compatible con la cercanía y la modestia de Antonio Porchia... Entre los poetas, por solo citar a dos, ambos apasionados del aforismo, siente especial debilidad por Antonio Machado y Fernando Pessoa. Por otra parte, no deja de leer a sus coetáneos, colegas aforistas cuya obra conoce bien y en muchas ocasiones admira.

A pesar de haber empezado ya en su madurez a escribir aforismos con intención filosófico-literaria, su obra es copiosa, unos 2000, de los que ha publicado tan sólo 750. Su primer libro de aforismos, *Verlas venir*, vio la luz en 2015; el segundo, *En Ascuas*, apareció en 2017; al año siguiente publicó su *Diccionario imaginario de un irónico*; y, en 2023, su más reciente entrega, *Fe de vida*. Cada uno de sus libros (excepto el *Diccionario*, que responde a otra estructura) contiene 250 aforismos,

una redondez numérica que recuerda a Baltasar Gracián, quien cerró su *Oráculo manual* con el número 300. Sus textos se encuentran, asimismo, en antologías y recopilaciones de aforistas actuales como *El cántaro a la fuente. Aforistas españoles para el siglo XXI* (2020) y *Espigas en la era. Micropedia de aforistas españoles vivos* (2020).

Cuando Manuel Feria tiene un buen puñado de aforismos listos, los presenta en cuidadas ediciones con prólogos y láminas artísticas alusivas, colaboraciones de escritores y pintores que valoran su obra. Realiza a su costa tiradas largas para poder obsequiar con sus lúcidas breverías a sus muchos amigos ("Mis amigos iluminan mis sombras", "Sin mis amigos sería un perfecto desconocido para mí mismo") y a quienes saben apreciarlos. Pero también regala aforismos, como hacía el gran Antonio Porchia, junto a un mensaje, una carta, una dedicatoria, una felicitación navideña, una nota, convencido de que compartir ideas es también una manera de estar juntos. Conviene decir, porque viene al caso, que las cuatro obras de Feria hasta hoy, han sido publicadas en autoedición. Esta ha sido una elección voluntaria, en parte fruto de su temperamento ácrata, como él mismo dice, en parte para dignificar su edición. Así, afirma, "he podido editar como he querido, con ilustraciones, buen papel, mi presentación preferida de los aforismos".

El aforismo de Feria es breve, hondo y contundente, características del aforismo paradigmático. Casi todos constan de una o dos líneas, con mucha frecuencia solamente de una. Un compromiso absoluto con la brevedad: "Las grandes ideas son parcas en palabras". Esta concisión es una de las razones por las que sus aforismos resultan impactantes, precisos: "Quien me lleva la contraria me mejora", "Los mediocres siempre cazan en manada"… Su estilo también es sencillo y directo: de-

testa el lenguaje rebuscado que más parece perseguir el lucimiento que trasmitir algo. Su aforismo, como su conversación, fluye brillante, inteligente, irónico y pleno de humor.

Manuel Feria tiene el don del ingenio y la gracia, esa cualidad intangible que hace que una modesta frase se torne seductora y aguda. Pero esto no es posible si el pensamiento no alcanza ese estado de gracia que lo convierte en un juego, para decirlo con José Bergamín, en esa forma lúdica de la inteligencia. A veces se manifiesta en ingeniosas identificaciones, otras en agudas asociaciones de ideas, o en paradojas: "De esta vida solo te llevarás aquello que dejes", "¡Para permanecer, cambia!", "Solo una larga vida deja una sensación de brevedad".

Si tuviera que subrayar una característica del aforismo de Manuel Feria elegiría sin duda su radiante ironía, una simbiosis de fina ironía y agudo sentido del humor. La ironía es un sello fundamental de su carácter, y la cultiva de manera natural, quizá porque, como él mismo dice, "es la mejor vacuna contra la realidad". En el aforismo es un recurso de larga historia y excelente salud en la actualidad, porque potencia su profundidad y le otorga una riqueza adicional de sentido en productivo contraste con su brevedad. "A mi edad ya entiendo perfectamente la distinción entre sexo y género", "No es tan malo llegar a viejo; pero sí quedarse".

Junto a su ironía, y en sintonía con ella, es característico en él, como hemos apuntado, su gran sentido del humor, siempre sutil e inteligente, nunca ofensivo. "El buen humor es la llave maestra de todas las puertas", dice en uno de sus aforismos. "¿Hablaremos lenguas muertas en la otra vida?". Kierkegaard decía que el humorista tiende por naturaleza a ser asistemático, y es este un motivo de su gran enraizamiento en quienes como Feria prefieren el agudo relámpago al prolijo argumento.

El dardo de su humor no deja títere con cabeza, incluida la propia, pues no tiene remilgos en ponerse a sí mismo (su edad, su vida, sus circunstancias…) bajo su lente burlona: "Sé que envejezco porque, aunque no me duele nada claro, está claro que todo me duele", "Algo falla cuando el universo se expande a la velocidad de la luz, mientras mi círculo de amigos se contrae vertiginosamente".

Dirige su humor contra los rasgos de una sociedad como la nuestra en la que tantas cosas son risibles por absurdas, inadecuadas o directamente injustas. Los políticos no salen bien parados: "Un político es aquel que en un naufragio te anima a contemplar la puesta de sol"; tampoco los funcionarios: "El sentido del humor debería ser prueba obligatoria para acceder a la función pública", "Si hubieran hecho funcionarios a los que inventaron el fuego aún estaríamos allí".

La formación científica de Feria se percibe en multitud de aforismos en los que plasma sus ideas sobre la especie humana, la evolución, el azar, la necesidad de una conciencia ecológica o su crítica hacia una mundo hipertecnológico que nos está deshumanizando… Le espanta que algún día ya no podamos, aunque queramos (ni siquiera con toda la ayuda de la tecnología), volver a rescatar aquellos aspectos más hermosos de la vida: "Algún día ya no habrá tecnología que nos permita volver a ser como fuimos". Su crítica a la tecnología y a la inteligencia artificial –que, por cierto, se ha intensificado en su último libro (*Fe de vida*)– no es, en todo caso, una crítica romántica, el ingenuo deseo de una vuelta a un mundo sin ella, sino la demanda de que sea el hombre el que dirija los objetivos de la tecnología y no al revés, que su avance no se convierta para nosotros en eso que han llamado "una barbarie tecnológica" que borre nuestra huella de seres imperfectos: "La

duda humana ha dado paso a la certeza tecnológica". Feria se pregunta: "¿Qué nos exigirá la inteligencia artificial por nuestra sumisión?". Por supuesto, no podían faltar en él aforismos de tono humorístico contra la tecnología: "¿Vida eterna?: ¡no sin mi móvil!". En el *Diccionario imaginario de un irónico* encontramos numerosas entradas al respecto en esta clave humorística: "Wifi. Esposa con contraseña", "Wikipedia. Barniz de conocimiento".

De nuestra especie y la evolución que nos ha traído hasta aquí Feria se burla también con fina ironía: "¡Qué peligro tenemos: sin haber entendido la evolución nos hemos puesto a los mandos!"..… Y el resultado no es para celebrarlo. Nuestro autor nos invita a reflexionar en numerosos aforismos sobre la necesaria atención a la naturaleza, a su respeto y protección. "La Tierra respirará aliviada cuando nos incorporemos al registro fósil". Su perspectiva, quizá pueda resumirse en el siguiente aforismo breve y rotundo: "Decir: nuestro planeta, suena excesivo".

La concepción del aforismo de Manuel Feria resulta de la simbiosis de los dos grandes pilares que en la actualidad sostienen al género. El aforismo es poesía filosófica o, a la inversa, filosofía poética, o como dice Feria: "el aforismo hace poesía con la filosofía". Esa simbiosis abre el camino a la intuición, al vislumbre de una verdad que no recorre el camino del argumento pero no por ello carece de fuerza, hondura y productividad cognitiva. Desde este espíritu filosófico-poético aborda Feria no pocas cuestiones de tradicional enjundia filosófica, ya sean ontológicas, epistemológicas, éticas o teológicas. En la idea del *caos*, una cuestión de calado filosófico y científico de relevancia en nuestro autor, se cruzan la mayoría de estas perspectivas. "Viendo que lo creado no funcionaba, Dios utilizó el

día de descanso en inventar el Caos", "El orden es solo la máscara del caos". En el siguiente aforismo el caos adquiere un doble sentido: ontológico y social (crítica social): "El caos subyace al orden natural; la confusión al orden social".

En el terreno epistemológico, el escepticismo está siempre presente en la obra de Feria. La incertidumbre, subraya, aflora en cada una de nuestras deliberaciones y decisiones, ("El hombre nace, crece, se reproduce y… duda"). La duda lo invade todo: "En el principio no había nada; luego, todo fue incertidumbre". Y, sin embargo, la duda nos hace humanos frente a la certeza de las máquinas porque "El hombre aprende de sus errores; la máquina de sus aciertos". La certeza en el hombre es solo una forma de ganar seguridad: "La certeza es solo la duda más improbable", algo que no afecta por igual a todos los seres humanos: "Los grandes hombres pueden vivir con grandes dudas, los pequeños hombres necesitan grandes certezas".

Mención especial en la plural temática de la aforística de Feria merece la idea de Dios, en la que sabe conservar toda nuestra carga de perplejidad y contradicción. "El hombre correspondió al regalo divino de la vida creando dioses a su imagen y semejanza". Dios aparece como creador y creado, también como ausencia y presencia: "Dios es esencia sin presencia". El problema de la imposibilidad de una demostración, a favor o en contra, aparece con gracia en este aforismo: "A un agnóstico se lo rifan los dioses". Nuestras tribulaciones sobre Dios, que siempre nos atenazan con la incertidumbre y el temor le llevan a este rotundo aforismo: "Sin dioses la Tierra sería un paraíso". El mito de la creación del primer hombre y la primera mujer es presentado con su habitual sentido del humor: "Dijo Dios: Creemos al hombre. Le echó un vistazo y concluyó: se puede mejorar. Entonces, creó a la mujer".

El amor es otro de sus grandes temas, lejos desde luego de ñoñerías y lugares comunes. Rebosante de ironía escribe: "Enamorarse es la forma más aceptable de deterioro cognitivo". Lejos del amor platónico, apunta: "El amor que no sale fuera acaba por hacer daño dentro". La extraña naturaleza del amor la plasma Feria en clave económica: "El amor es un capital que se da sin intereses." Asumiendo esta esencia absolutamente indefinible del amor, se pregunta en un aforismo (que otra vez demuestra su preocupación por la inteligencia artificial): "¿Qué aprenderá la inteligencia artificial cuando pronuncio la palabra amor?". En las observaciones sobre el amor, en fin, aflora la sabiduría de la edad: "Amor agostado, poco cuidado", "Amores por desengaño no suelen durar un año"…

Esa misma sabiduría que solo da la veteranía de los años se muestra en los numerosos aforismos que ofrecen consejos. Es este un formato de larga tradición en la historia del género, pero que Feria cultiva sin el rancio tono moralizante sino como invitación a la reflexión. Algunos ejemplos: "No lleves la contraria a quien ya no te importa", "Ama sin medida. Amar lo justo es perderse la locura", "Si tu cerebro duda escucha a tu corazón",…

Suele ser frecuente que los aforistas, en un bucle autorreferencial, dediquen alguna reflexión a la esencia misma de este artefacto literario que es el aforismo. Los de Manuel Feria son realmente excelentes. Muestran no solamente su pasión por el género sino también su atinada percepción del mismo. Soy de la opinión, como dije en otro lugar, que quizá sea esta composición de aforismos sobre el aforismo la mejor manera de comprender su esquiva naturaleza: "Los aforismos no tienen prólogo, pero siempre deberían tener epílogo", "El buen aforismo reduce la realidad a su máxima expresión"...

De entre los muchos recursos formales que emplea Manuel Feria para armar sus aforismos hay uno que tiene que ser resaltado, tanto por su abundancia como por su maestría: la definición. Es un recurso tan antiguo como el propio aforismo que le suele dar ese aire aristocrático y rotundo del que hablaba W. H. Auden, pero que en el fondo, antes que dictaminar categóricamente, como a primera vista pudiera parecer, sirve hoy al propósito de causar impacto y abrir las puertas de la reflexión. Para Feria, un aforismo no es una respuesta sino que debe ser una pregunta.

En este campo de la definición destaca, como no podía ser de otro modo, su *Diccionario imaginario de un irónico*, una obra bellamente editada compuesta por más de ochocientas definiciones (a las que en próxima edición se sumarán otras doscientas, según ha manifestado el autor). Aunque cada entrada prescinde de la cópula "es", tan característica de la definición aforística, la esencia del aforismo permanece en ellas, recorriendo con gran ironía (fiel al título de la obra) todo tipo de temas. Algunas, de hecho, han sido incluidas en otros libros en forma de aforismo. En el *Diccionario* su sentido del humor se halla más acentuado, si cabe, que en las otras obras, ofreciendo casi siempre como *definiens* una nota humorística: "Esqueleto. Cualquier tiempo pasado fue mejor", "Suicidio. Salida de emergencia"… Hay también en él, sin embargo, definiciones más explicativas, en las que, sin perder su ironía, se nos ofrece una descripción ingeniosa: "Paciencia. Sufrimiento del que conoce el tiempo de las cosas", "Biblia. Libro sagrado cuya extrema sencillez obliga a los pastores a profusas y recurrentes explicaciones a sus ovejas"…

El *Diccionario* de Manuel Feria continúa una interesante tradición de diccionarios que con mayor o menor sentido del

humor e ironía, han desplegado su hondura y lucidez en cientos de referencias. Recordemos el *Diccionario de lugares comunes* de Gustave Flaubert, o el sarcástico *Diccionario del diablo* de Ambrose Bierce, gran referente del recurso a la definición en el género aforístico, a los que habría que añadir más recientemente el *Diccionario pánico* de Fernando Arrabal, el *Diccionario de la sinceridad* de Pitigrilli, y un largo etcétera. El *Diccionario* de Feria nos recuerda en muchos aspectos al citado *Diccionario del diablo* de Ambrose Bierce, con menos amargura, eso sí, pero similares pullas a la falta de moral, a la manifestaciones sociales vacías, al absurdo de tantas y tantas cosas a las que nos hemos habituado. No falta tampoco en nuestro autor el humor negro, pese a que no siga la negritud de Bierce o de Cioran. Su humor negro casi siempre aparece asociado a los estragos de la edad y a los difuntos; en este ámbito me parece magistral el aforismo: "La incineración te dará la despedida más calurosa", y también: "Algunos muestran su mejor cara después de muertos", "Aunque aún no hayas muerto, de vez en cuando, dedícate un minuto de silencio", "Camino al más allá, la vida, primero nos deja en casa, luego en cama y, por último, en caja"…

Son numerosos y excelentes sus aforismos sobre la edad, en los que suele lucir de manera especial su característica ironía: "Somos viejos cuando caemos en la cuenta de que hemos conocido a las estatuas que nos rodean", "Si no recuerdas tu edad el espejo te hará la cuenta"... Con menos ironía, pero la misma sabiduría, nos aconseja aceptar la edad que en cada momento tenemos: "Lo peor que se puede hacer en esta vida es no saber qué edad se tiene", y asumir sus ventajas y desventajas: "Cada edad paga su hipoteca" , y aquel (¡me encanta!) que dice: "Todos envejecemos, pero algunos se lo toman como algo personal". Este humor irónico no está lejos de Mark Twain,

uno de sus autores favoritos, con su facilidad para el humor ingenioso y profundo, pero entronca, asimismo, con la tradición española contemporánea del humor elegante de Ramón Gómez de la Serna o Enrique Jardiel Poncela.

Visto con distancia, pienso que, a través de su humor irónico, Manuel Feria no ha abandonado del todo la medicina. Ha cambiado, eso sí, su prescripción y su fórmula: ahora prescribe palabras, pequeñas dosis en formato de aforismos para que estos, si acaso no curan, mitiguen al menos nuestro vértigo de existir y favorezcan el autoconocimiento. Su sentido del humor (su sorna, como le gusta decir) puede actuar de bálsamo en un mundo dominado por la seriedad de la política, la guerra, la injusticia social, la enfermedad, la tiranía de la tecnología… Y no es poco. Feria es consciente de esta virtud terapéutica de la filosofía, que tan sabiamente defendieron los clásicos (Sócrates, Cicerón, Epicuro…)

La aforística de Feria enlaza con la tradición moralista del género, que nada tiene que ver con la moralina aleccionadora que prescribe pautas de conducta, sino con una observación y una defensa de los valores (hay una evidente implicación con la ética en su obra) y la filosofía práctica, que es, siguiendo a Sócrates, el sentido irrenunciable de una vida auténticamente vivida. En este sentido han de entenderse las valoraciones y los consejos a que antes hacíamos referencia. Su carga ética, justo es no dejarlo sobreentendido, desciende al compromiso concreto con los más desfavorecidos, con los pobres y los que sufren: “Los humildes no tienen la culpa, pero cumplen la pena”, o también, “Si compartimos el dolor tocamos a menos”.

ESTA EDICIÓN

Ninguna antología es fácil. Cuanto más valoras una obra, más difícil resulta seleccionar sólo una pequeña parte. Este es mi caso con la de Manuel Feria. Me comprenderán sus lectores habituales, y también los curtidos en el género, si no encuentran lo que buscan, y me disculpará, estoy seguro, el propio autor si en esta selección han quedado fuera algunos de sus hijos predilectos. Es inevitable. Al público en general, solo puedo invitarles a seguir leyendo sus obras: encontrarán motivos para una sonrisa cómplice, para la sorpresa, para la emoción, el consuelo, el asombro… y también, como no, para el desacuerdo... Este poder de evocación es una de las virtudes de esta pequeña bomba filosófico-literaria que es el aforismo.

Esta antología quiere ser un escaparate de la excelente obra aforística de Manuel Feria. Hemos recopilado aforismos de los cuatro libros del autor manteniendo cierto equilibrio entre ellos. El *Diccionario imaginario de un irónico* ha tenido un tratamiento peculiar. Dado que esta obra ofrece en forma de definición algunos aforismos que se integran en los otros tres libros, hemos elegido entradas que se hallan exclusivamente en él.

Esta es la primera vez que se publica a Manuel Feria fuera de su voluntaria autoedición, la primera vez que se lleva a cabo una antología sustanciosa de su aforística. Ya era necesario: el género en España se lo debía.

Javier Recas

EL RÍO DE LA PERPLEJIDAD

VERLAS VENIR

Verlas venir no es suficiente, también hay que saber apartarse a tiempo.

Uno no puede huir de sí mismo sin caer en el otro.

De tanto perseguir la felicidad en mi vida, me olvidé de la vida.

La fortuna no es menos ciega que la justicia.

Los pobres del mundo nunca se han declarado la guerra.

La vida no es una ilusión, la ilusión es creer en la vida.

El amor que no sale fuera acaba por hacer daño dentro.

El peor vértigo no es el de mirar hacia abajo, sino hacia adelante.

No olvides tus errores, que tus aciertos se recuerdan solos.

El mejor parte médico es una esquela.

En privado la justicia se quita la venda.

No se puede vivir de recuerdos, pero tampoco vivir sin ellos.

No recuerdes sólo lo bueno o te parecerá que viviste media vida.

Si no recuerdas tu edad el espejo te hará la cuenta.

Los pobres nunca deberían ser paisaje.

En el principio no había nada; luego, todo fue incertidumbre.

Si no sabemos el día ni la hora, debemos concluir que nadie se muere antes de tiempo.

Las pasiones hacen fuertes a los débiles y débiles a los poderosos.

El que guarda una afrenta lleva a su enemigo dentro.

La juventud pasa, la vejez permanece.

Al borde del abismo un paso atrás es un gran avance.

Profundiza y discreparás.

Nadie lo sabe todo sobre sí mismo.

Los incendios no se apagan a distancia.

Los últimos años de la vida valen por todos.

Prefiero tu ausencia contigo que tu presencia sin ti.

Cada pobre es un recordatorio.

La confianza siempre nos hace dar un paso de más.

Quien mucho de poco sabe, mucho de mucho ignora.

El que se ayunta a una noria no verá mundo.

Para esconderse de uno mismo no hay que ir muy lejos.

Transita un sendero recto y todos sabrán por donde caminas.

Los suicidas tienen el reloj adelantado.

Muchos mueren de no recibir, pero nadie muere de dar.

Cuando el ascensor sube las miradas bajan.

¡Cuánto caos se necesita para conseguir el más perfecto orden!

La alegría es la mejor excusa para seguir viviendo.

De vuelta de tus ojos todo ya fue ceguera.

La buena educación es el rostro amable de la hipocresía.

La especie que nos sobreviva no nos calificará de *sapiens*.

Los hijos nunca están completos hasta que morimos.

La soledad es la falta de uno mismo.

Sin mis amigos sería un perfecto desconocido para mí mismo.

Los hijos son enigmas con rasgos familiares.

Los que nos venden la vida eterna quieren cobrar al contado.

Los padres son recuerdos que el tiempo torna comprensibles.

El hombre correspondió al regalo divino de la vida creando dioses a su imagen y semejanza.

Un adiós es siempre una muerte en miniatura.

Los grandes hombres pueden vivir con grandes dudas, los pequeños hombres necesitan grandes certezas.

El egoísta es un fundamentalista de sí mismo.

Un político es aquel que en un naufragio te anima a contemplar la puesta de sol.

El amor es un capital que se da sin intereses.

La evolución es ciega y nosotros el resultado.

No lo puedo remediar: el vacío no me llena.

Tú crees que eliges el camino pero es el camino el que te elige a ti.

Si piensas que todo va bien se te escapa algo.

Perder la cabeza es sinónimo de no haberla tenido nunca en su sitio.

No puede negarse que Él sufrió lo suyo, pero la cruz nos la dejó a nosotros.

La vida es lo que nos queda después de cumplir con nuestras obligaciones.

Si compartimos el dolor tocamos a menos.

Ni el árbol más alto olvida sus raíces.

Cada edad paga su hipoteca.

De las personas que conozco me extraña todo, de las que no conozco nada me extraña.

¡Qué fácil es practicar la rectitud cuando la vida se ha llevado por delante las inclinaciones!

El dolor no tiene dueño, sólo esclavos.

Nadie desea que venga el porvenir, sólo desea que exista.

Algunos muestran su mejor cara después de muertos.

El corazón que ama no siente el yugo.

El buen humor es la llave maestra de todas las puertas.

Qué aburrido sería reencarnarse en uno mismo.

La vida reserva para el final la comprensión de todas las cosas.

La intuición es una razón apresurada.

Si contentas a todo el mundo te engañas a ti mismo.

No abras una puerta que no sepas cerrar.

Si te exhibes muestras tus sombras, si te ocultas apagas tu luz.

La muerte, más que bajar el telón, quema el teatro.

Sé que envejezco porque, aunque no me duele nada claro, está claro que todo me duele.

A un gordo tienes que conocerlo en ayunas.

Los humildes no tienen la culpa, pero cumplen la pena.

Antes del auge de la informática los ángeles ya estaban en la nube.

Lo que no veo, lo intuyo; lo que no intuyo lo imagino; y lo que no imagino, no existe.

Todos envejecemos, pero algunos se lo toman como algo personal.

Si hubieran hecho funcionarios a los que inventaron el fuego aún estaríamos allí.

Mi infinita niñez duró un segundo; luego he vivido una eternidad.

El cuerpo miente al alma con sus dolores, pero el alma no tiene a quien mentir.

Lo peor que se puede hacer en esta vida es no saber qué edad se tiene.

La incineración te dará la despedida más calurosa.

EN ASCUAS

Nacer es asomarse a un abismo.

A fuerza de ser superficiales nos convertimos en superfluos.

Las mentiras son venenosas; pero las verdades suelen ser indigestas.

El uso continuado desgasta la vida, pero su desuso la congela.

El error muestra el camino; el acierto lo confirma.

La violencia es consustancial a la vida, pero el odio es una aportación genuinamente humana.

Para cultivar la amistad no vale cualquier abono.

Vivo en ascuas por saber si soy prueba o error.

A Dios no hay que ponerle nota.

No conozco un deseo más universal que el de morir durmiendo.

Cuando discuten los poderosos siempre hablan de mí.

El destino está escrito, ahora es cuestión de ir leyendo.

La verdadera incógnita en la ecuación de tu vida es: ¿tendrás suerte?

Las víctimas nunca reconocerán la presunción de inocencia de los culpables.

La pasión es esa molesta emoción que nos impide disfrutar del amor.

La alegría acerca; el sufrimiento une.

No es tan malo llegar a viejo; pero sí quedarse.

Vano empeño el de vivir rápido y querer morir tarde.

Si no eres mi solución, eres mi problema.

Los demás son nuestra verdadera medida del tiempo.

El orden es sólo la máscara del caos.

¿Qué aprenderá la inteligencia artificial cuando pronuncio la palabra *amor*?

Esté donde esté sólo estoy de paso.

Vivir al límite también tiene sus limitaciones.

Que ninguna religión te robe tu cuerpo ni ninguna ideología tu cerebro.

A veces, las mayores caídas ocurren en la cama.

Pensar es no sentir. Sentir es no pensar.

El joven aprende para recordar y el viejo para olvidar.

La fe es la mejor medicina alternativa.

El amor que se mendiga se agradece con limosnas.

Amor agostado, poco cuidado.

Las arrugas más bellas las cincela una sonrisa.

Amores de madurez más que amores son traspiés.

No lleves la contraria a quien ya no te importa.

Al principio de nuestra vida, el final está muy lejano; al final, el principio está muy cercano.

El futuro suele decepcionar a la esperanza.

No he visto nunca algo tan definitivo como una disposición transitoria.

Ama sin medida. Amar lo justo es perderse la locura.

Somos viejos cuando caemos en la cuenta de que hemos conocido a las estatuas que nos rodean.

En la universidad no hay masa crítica, pero sí crítica de la masa.

Una buena cabeza debería albergar más ideas propias que ajenas.

Amores por desengaño no suelen durar un año.

Solo es transparente el que nada posee.

La muerte es esa asignatura del tránsito con mucha teoría y una sola práctica

A un agnóstico se lo rifan los dioses.

Las mayorías nunca produjeron ideas geniales.

No hay mayor distancia que la que existe entre mi corazón y mi cerebro.

El azar es la disculpa del destino para no asumir sus responsabilidades.

Decir nunca es empezar a claudicar

Nadie está solo si está en paz.

La experiencia nutre de sabiduría a la intuición.

La perfección no existe, el camino sí.

De esta vida solo te llevarás aquello que dejes.

Los aforismos no tienen prólogo, pero siempre deberían tener epílogo.

Las enfermedades son los pellizcos del más allá.

Lo realmente horrible sería una condena a vida perpetua.

Enamorarse es la forma más aceptable de deterioro cognitivo.

Las grandes ideas son parcas en palabras.

A veces, la única salida es no haber entrado.

La ironía es la mejor vacuna contra la realidad.

Los momentos felices mueren jóvenes.

Tú no eres tus ojos, pero sin tus ojos no eres tú.

El cuerpo social crece asimétricamente: los ricos tienen cada vez más cabeza y los pobres menos cuerpo.

Lamentablemente, la utopía ha quedado reducida a un videojuego.

Donde no hay pasión sólo hay papeles.

La Tierra respirará aliviada cuando nos incorporemos al registro fósil.

El clima ya no se siente concernido por el refranero popular.

La locura compartida no es signo de cordura.

Nadie es más feliz que el que no se plantea serlo.

Quien no es loco un día no es cuerdo nunca.

Aunque aún no hayas muerto, de vez en cuando, dedícate un minuto de silencio.

Viendo que lo creado no funcionaba, Dios utilizó el día de descanso en inventar el Caos.

Si te hubiese conocido a fondo me habría ahorrado el conocerte superficialmente.

El desprecio, más que un buen ataque, suele ser una mala defensa

La duda humana ha dado paso a la certeza tecnológica.

Quien se abandona al amor suele acabar abandonado.

La diferencia entre un profesor veterano y uno novato, es que el veterano te devuelve la duda y el novato se queda con ella.

Transformar el amor en amistad es como celebrar para siempre una derrota.

El conocimiento de la ley suele eximir de su cumplimiento.

El efecto no suele tener buena opinión sobre la causa.

La realidad es el sueño de las cosas.

Decide cuando puedas o decidirás cuando no quieras.

Muchos amigos han muerto, pero en el cementerio no tengo amigos.

El amor no nos hace mejores, pero sí más humanos.

Si te arrastras perderás de vista el horizonte.

La certeza es sólo la duda más improbable.

El optimismo demanda acción; el pesimismo solo dejarse llevar.

El perdón es un acto de la voluntad, más el olvido está en manos del tiempo.

La madurez es el arte de la negación.

DICCIONARIO IMAGINARIO DE UN IRÓNICO

Admiración. Envidia impotente.

Adúltero. Alma de abeja.

Almohada. Confidente de la otra mejilla.

Anarquía. Tótum revolutum.

Arrepentimiento. Victoria en la derrota.

Arrugas. Bajorrelieve vital.

Arte. Manjar para sibaritas.

Bandera. Tela de colores representativa de los peores instintos de un colectivo.

Bisexual. Circular con precaución: doble sentido en toda la vía.

Buena educación. Cara amable de la hipocresía.

Caricia. La piel del alma.

Castidad. Hacer virtud del vicio, que en la vejez es alivio y en la juventud suplicio.

Cementerio. El más acá del más allá.

Clásico. Muerto inmortal.

Conciencia. Camisa de fuerza del alma.

Cuernos. Apéndices invisibles de la infidelidad, carentes de utilidad en el ataque o la defensa.

Currículum Vitae. Méritos en almíbar.

Divorcio. Desamor judicial.

Ensayo. Aforismo infinito.

España. Nación de naciones donde nunca fueron abolidos los reinos de taifas.

Esqueleto. Cualquier tiempo pasado fue mejor.

Evolución. Palos de ciego de la vida, que cuando acierta es reconocida como un dios y cuando se equivoca esconde el cadáver bajo la alfombra.

Falo. Pene culto.

Filósofo. El que duda lo suficiente como para enseñarnos a pensar.

Gafas de sol. Mirada liberada.

Historiador. Novelista del pasado.

Inmortalidad. Muerte sin límites.

Insomnio. Lejano amanecer.

Juventud. Etapa de la vida que se disfruta en el recuerdo.

Libro. Cuna de la imaginación.

Límite. Extremo indeseable de cualquier relación.

Lógica. Modo de pensar que distingue nuestro correcto razonamiento del ajeno.

Madre. Custodia del mapa de todos los tesoros.

Masturbación. Selfie erótico.

Mentira. Ardid de la razón.

Metáfora. La mentira más hermosa.

Milagro. Ignorancia a la carta.

Moda. La distinción de parecerse.

Narciso. Ego enamorado.

Niñez. Periodo vital en el que nunca se pierde el tiempo.

Paciencia. Sufrimiento del que conoce el tiempo de las cosas.

Pareja. Dos en uno.

Pensión. Cuartos menguantes.

Policía. Institución que ha resuelto todas nuestras dudas existenciales, y ya sabe quiénes somos, de dónde venimos y adónde vamos.

Poligamia. Relación entre varios que solo contenta a uno.

Político. Orador mediocre con pelos en la lengua.

Precedente. Memoria de la Justicia.

Religiones. Ficciones indispensables para sentirnos humanos.

Sabio. El que sabe lo que ignora.

Serpiente. Reptil inadaptado al Paraíso.

Silencio. Inteligencia muda.

Silogismo. La verdad en tres actos.

Suicidio. Salida de emergencia.

Templanza. Placeres en plato pequeño.

Tiempo. Melancolía del espacio.

Toples. Limaduras de hierro para miradas imantadas.

Tortura. Cante jondo.

FE DE VIDA

Cultiva tu interior y podrás salir afuera.

Nombrar las cosas no es comprenderlas; comprenderlas es no necesitar nombrarlas.

Los mediocres siempre cazan en manada.

La libertad nos torna vulnerables; la seguridad, esclavos.

Las religiones nos permiten sentirnos humanos; la ética, divinos.

Los que no saben creen en lo que no saben; mientras los que saben no creen en lo que saben. ¿Quién sabe?

Al final de la vida todos somos de Letras.

No es que los viejos lo vean todo claro: ¡es que lo han vivido!

Beberse de un trago la juventud produce resaca en la madurez.

No cantemos victoria, la evolución no ha concluido aún su ensayo con nosotros.

Es fascinante seguir en tiempo real nuestra propia extinción.

Dios es esencia sin presencia.

No nos confundamos, los clásicos apenas nos hablan del pasado, pero nos lo dicen todo sobre el futuro.

Un buen aforismo es un refrán que aún no lo sabe.

Algo falla cuando el universo se expande a la velocidad de la luz, mientras mi círculo de amigos se contrae vertiginosamente.

¡Para permanecer, cambia!

Abrir una puerta es tentar al destino; cerrarla es resignarse a vivir en él.

La mayor inteligencia es escuchar.

Cada día que pasa mi cuerpo necesita más a mi alma, pero mi alma menos a mi cuerpo.

Leyendo a los clásicos pongo en duda que exista la evolución.

Si no crees que lo mejor está por venir es que te estás yendo.

Solo una larga vida deja una sensación de brevedad.

Algún día ya no habrá tecnología que nos permita volver a ser como fuimos.

Camino al más allá, la vida, primero nos deja en casa, luego en cama y, por último, en caja.

Las pasiones caudalosas desembocan en mares procelosos.

¡Qué peligro tenemos: sin haber entendido la evolución nos hemos puesto a los mandos!

La ignorancia es la cárcel más cruel.

Mis amigos iluminan mis sombras.

Dijo Dios: *Creemos al hombre*. Le echó un vistazo y concluyó: *Se puede mejorar*. Entonces, creó a la mujer.

Aunque muero día a día envejezco por décadas.

Confío ciegamente en mis olvidos; pero de mis recuerdos poco me fío.

La peor violencia se ejerce sin armas.

No escuchar produce ruido.

No tener por costumbre suele ser una mala costumbre.

Sin dioses la Tierra sería un paraíso.

La ley de vida se aplica sin atenuantes.

Los silencios se llenan con afectos, no con palabras.

La masa diluye la razón.

El hombre aprende de sus errores; la máquina de sus aciertos.

¿Creará la inteligencia artificial sus propios dioses?

Solo el humanismo puede salvar al hombre de sí mismo.

Lo peor ya ha pasado, ahora viene lo irremediable.

A mi edad ya entiendo perfectamente la distinción entre sexo y género.

El buen aforismo reduce la realidad a su máxima expresión.

De los errores ajenos se aprende algo, de los propios, todo.

La verborrea diluye el pensamiento.

Nuestra esperanza de vida aumenta continuamente, pero la de muerte se mantiene inalterable.

A algunos, tristemente, solo la muerte los hace visibles.

Decir: nuestro planeta, suena excesivo.

La soledad es el último refugio de la libertad.

La realidad se debate siempre entre ser espejo o espejismo.

Solo el que ha caído conoce la altura.

Lamentablemente, creo en la injusticia universal.

El caos subyace al orden natural; la confusión al orden social.

Donde la filosofía encalla, la poesía vislumbra una verdad.

El aforismo encuentra su talón de Aquiles en su propia definición.

El aforismo hace poesía con la filosofía.

Las cuatro edades del hombre: ilusión, lucha, desengaño y resignación.

Todos los caminos conducen al hombre.

Tiempos duros los de pandemia en que la mayor muestra de afecto es un codazo.

Amar es conocerse.

Estar a la altura de las críticas y por encima de los halagos.

Son los pequeños rincones los que hacen grandes a las grandes ciudades.

El que conoce sus límites lo sabe todo sobre sí mismo.

Esa sutil diferencia entre estar medio vivo o medio muerto.

Sapiens evoluciona: hemos pasado de la desinformación pasiva a la desinformación activa.

No hay peor esclavitud que el deseo.

Aunque no tenga principio ni fin, la eternidad está a la vuelta de la esquina.

Para odiar hay que tener un motivo; para amar, no.

Filosofar es remover las aguas del estanque de la perplejidad.

Más allá de toda duda razonable solo habita la nada.

El hombre nace, crece, se reproduce y… duda.

Las arrugas solo pasan inadvertidas cuando se comparten.

Para un hijo, la mejor educación es el amor.

La esperanza no altera el futuro pero endulza el presente.

Si, por necesidad, compras o vendes, estás vendido.

Las pasiones son la paleta de colores de nuestra vida.

Aceptando que la vida es imprevisible, nada de lo que nos ocurra será justo o injusto.

Aunque vivas de apariencias, morirás de realidades.